

EXCAVACIONES EN LA CAMPA TORRES (1986-1990)

José Luis Maya, Francisco Cuesta

1. INTRODUCCION

El castro de la Campa Torres se encuentra situado en la península del Cabo Torres al noroeste de Gijón, cuyo puerto de El Musel se apoya en su ladera oriental. Sus coordenadas son 43°34'07" de latitud y 02°01'02" de longitud Oeste.

El promontorio ha sido conocido tradicionalmente por ser considerado el lugar de proveniencia de la famosa lápida dedicada a Augusto, pero no fue interpretado como asentamiento castreño hasta 1972, fecha en que fue reconocido por J.M. González (González, 1979). En 1978 uno de nosotros inició una campaña de excavaciones (Maya, 1984), que no tuvo continuidad hasta 1982, en que las investigaciones se integran en el denominado "Proyecto Gijón", destinado a clarificar la arqueología de este concejo. Desde entonces se han realizado sendas campañas anuales, que desde 1985 son codirigidas por los dos firmantes de este informe, destinadas no sólo al mejor conocimiento histórico del poblado, sino también a la creación de un Parque Arqueológico natural (Maya et alii, 1989).

2. LAS CAMPAÑAS DE EXCAVACION (figs. 1 y 2)

Como resumen esquemático de los trabajos realizados a lo largo de nueve campañas de excavaciones y dado que en el anterior volumen de esta publicación (Maya y Cuesta, 1990) únicamente se nos publicó el informe correspondiente a la campaña de 1986, daremos cuenta de los principales objetivos cubiertos en cada año.

1978: Se intentó determinar el carácter del yacimiento, para lo cual fueron practicadas cuatro catas de 4 m. de lado. Dos de ellas en la llanada interior (sectores 1 y 4), con la localización de parte de una casa romana (sector 1) y de una estratigrafía de la misma época, aunque sin muros (sector 4). Las restantes, situadas en la cumbre de la península, resultaron estériles (Sectores 2 y 3).

1982: Recuperación del sector 1, excavado en la campaña anterior y ampliación hasta determinar la existencia de una vivienda con dos habitaciones, una de ellas con una especie de "porche" o muro doble. Descubrimiento del hornillo de fundición, n.º 1.

1983: Apertura de una cuadrícula de 12 por 6 m. (sector 5), en cuya zona meridional fue localizado parte de un recinto, de planta aparentemente circular, delimitado por un murete y con hogar interior. Campañas posteriores permiten suponer que nos encontramos ante el muro

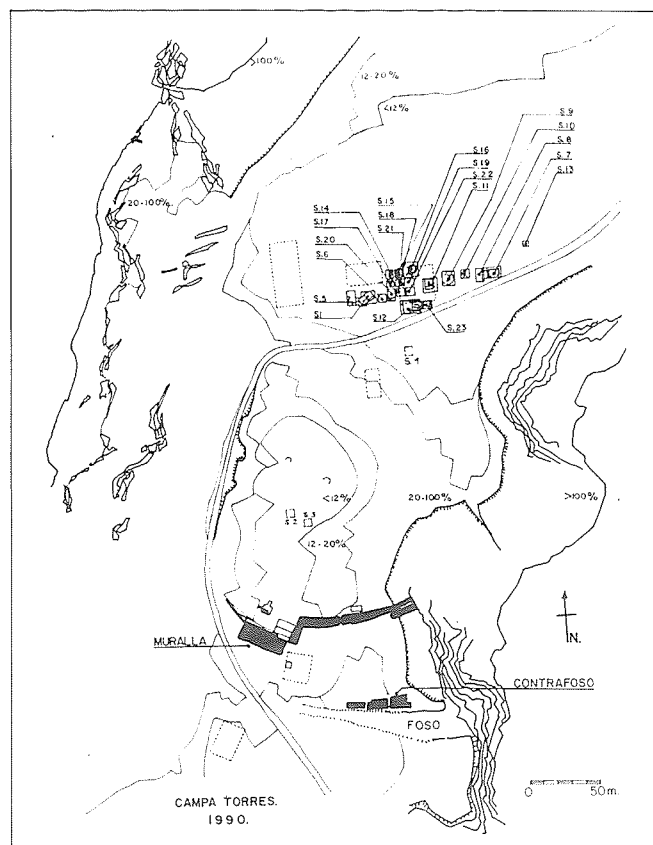


Fig. 1.—Planta general de las zonas defensiva y de la camp con numeración de los sectores indicados en el texto

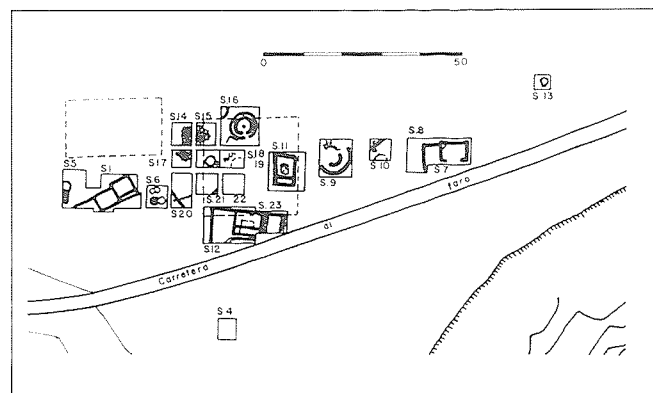


Fig. 2.—Planta general de los sectores excavados en la Campa. En trazo discontinuo prospecciones geofísicas

deformado de una habitación, que se adosaba a la vivienda del sector n.º 1. Es en esta cata donde se descubrió también el pozo n.º 1, forrado en piedra, con 14 escalones de acceso y relleno con abundante material romano. Destaca también el hallazgo de una lápida decorada con arquillos.

1984: Este año se diversifican las zonas de excavación, intentando aclarar el sistema defensivo, que intuíamos en el acceso al poblado. Podemos diferenciar entre:

Zona campá: Excavación del horno n.º 1 (sector 1) que había sido puesto al descubierto en campañas anteriores. Profundización en el sector n.º 5 y protección del pozo.

Zona defensiva: Guiándonos por los abultamientos del terreno, iniciamos un sondeo que permitió localizar el lienzo exterior de la muralla, al que se adosaba un muro transversal y descendente, a manera de torre avanzada y alargada. Más tarde supimos, que habíamos coincidido con el extremo occidental del primer módulo de la muralla, muy alterado por perturbaciones modernas, por lo que se decidió seguir limpiando el lienzo exterior en dirección Este, para localizar sucesivamente el otro extremo del módulo (módulo 1), el inicio de un nuevo módulo (módulo 2), adosado pero independiente respecto al anterior por su factura y un saliente que corregía la dirección del lienzo. En conjunto, quedaron parcialmente descubiertos unos 50 m. del lienzo frontal y una pequeña parte del muro transversal.

1985:

Zona campá: Se abrió un nuevo sector de 6 por 6 m. a continuación de la primera vivienda descubierta (sector 6), en una zona donde no aparecen muros pero sí una clara estratigrafía, en la cual la capa superior es claramente romana (sigillata, paredes finas), mientras que la inferior, salvo alguna intrusión localizada, consta esencialmente de materiales indígenas, apreciándose en el subsuelo dos nuevos hornillos de fundición, de los que se empezó a excavar el n.º 3.

Zona defensiva: Es esta la zona que concentró mayores esfuerzos, ante la necesidad de limpiar buena parte del tramo que precedía a las murallas, donde se apreciaron dos aterrazamientos sucesivos. Previamente se hizo una cata de 15 por 2 m. destinada a limpiar el perfil del que suponíamos un foso, pudiendo comprobarse que efectivamente estaba tallado en V en la cuarcita del terreno.

El muro transversal a la muralla, contaba con otro paralelo a ésta, como si delimitase un patio interior al que se abriese la puerta que no hemos podido localizar.

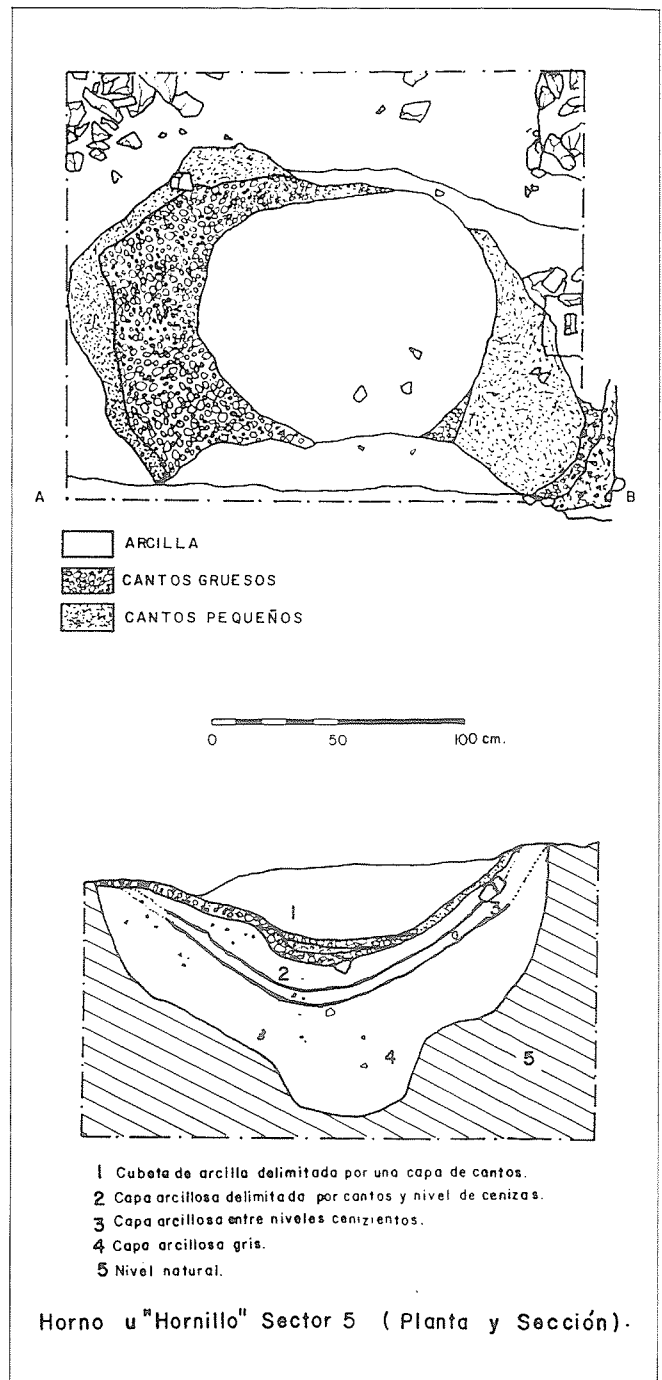


Fig. 3.—Planta y sección de un hornillo

1986:

Zona campá: Para comprobar si existían diferencias estratigráficas entre los sectores excavados y una zona más alejada, procedimos a abrir un nuevo sector (sector 7), a 90 m. de distancia del inicio de nuestras excavaciones más occidentales. Se trazó una cata de medidas finales de 7,30 m. por 9,30 m. que proporcionó una casa cuadrangular, abierta al sur, con un típico pavimento de cantos rodados compactados con arcilla y escasos hallazgos romanos sobre él. Debajo, no se encontraban más que materiales prerromanos (salvo escasísimas cerámicas posteriores), destacando la aparición de capas cenicientas y crisoles de fundición, así como una pieza de orfebrería castreña: un tubito estampillado, en contacto ya con el terreno natural de base.

A escasa distancia iniciamos un nuevo sector de 8 por 1 m. (sector 8), apreciándose un muro alargado y que envolvía la vivienda anterior. Únicamente se limpió de modo superficial.

Zona defensiva: En esta campaña dimos prioridad a la consolidación y protección de lo ya descubierto, vaciando y reforzando el interior de la muralla (lo que permitió interesantes observaciones sobre el incendio anterior a su construcción y sobre sistemas constructivos), fijando las piedras que corrían más riesgo y regularizando y nivelando las hiladas que presentaban mayor grado de deterioro.

1987:

Zona campá: Prosigue la excavación de las áreas ya iniciadas. En el Sector 6 se excava uno de los hornos de fundición (Horno 3), que aún conservaba parte de su abovedamiento superior, así como una fibula simétrica. En el sector 8 se regularizó una cata de 9,30 por 6 m. la cual demostró la existencia de un muro que envolvía a la cercana casa cuadrada (sector 7) y que se incurvaba hasta desaparecer bajo la carretera actual. Acuñaciones de Tiberio y Vespasiano fechaban el nivel romano, bajo el cual no se profundizó más.

El sector 9 había comenzado a rebajarse durante el año anterior y ahora quedó configurado por una cuadrícula de 10 por 9 m. en la que se apreciaba un doble arco concéntrico en piedra, con pavimento, un hogar y un molino giratorio empotrado. En el ángulo NE se excavó una franja hasta el nivel de base, proporcionando sólo restos indígenas, crisoles de fundición y capas de carbones y pequeños cantos rodados que nos hacen intuir la primitiva existencia de un horno (horno 5).

Finalmente, trazamos una nueva cuadrícula de 6 por 4 m. entre los sectores anteriormente descritos (sector 10).

Zona defensiva: Definida la existencia del foso, se procedió a su excavación desde el acantilado de El Musel en dirección hacia el centro, interrumpiéndose su limpieza a medio recorrido, para evitar problemas a los vehículos de desescombro. Después, pudimos comprobar que el muro paralelo a la muralla y tangente al muro transversal, constituía no una puerta, sino un auténtico bastión avanzado (cortado en dos por un refugio subterráneo de la última guerra), de paramento externo expoliado, pero conservando todavía un relleno de una altura cercana a los 4 m. En cambio, su cara interna se encontraba en perfecto estado y encastrada en ella había una escalera, de diez peldaños, que debía dar acceso a la parte alta.

El resto de la campaña se limitó a fotografiar, desmontar y recolocar las hiladas más débiles y acondicionar el entorno de las defensas.

1988:

La posibilidad de disponer de un presupuesto mayor que el de otros años, permitió realizar una campaña de seis meses de duración. Además, previamente a las excavaciones, se practicó una prospección geofísica por parte del Museo Nacional de Ciencias Naturales.

Zona campá: En el sector 6, se investigó el segundo horno de fundición, anteriormente localizado (horno 4).

En el sector 7 se terminó de excavar el interior de la casa hasta la cimentación, albergando sólo material indígena y algunos crisoles.

En el sector 8 se excavó el nivel romano, comprobándose su relación con la casa del sector anterior y facilitando, entre otras, la mayor parte de una sigillata hispánica Drag. 15/17.

Por último, el sector 10, iniciado anteriormente, albergaba dos muros de ángulo, con un hogar exterior a ellos y en el extremo meridional un semicírculo de piedras.

Zona defensiva: Al haberse consolidado todas aquellas áreas que requerían una intervención más urgente, pudo iniciarse, intramuros del gran bastión, una cuadrícula de 10 por 4 m., que se apoyaba parcialmente en su cara interna y pretendía resolver el problema estratigráfico de fundación de la muralla. Se comprobó la existencia del nivel de incendio previo a la construcción de aquella, la nivelación mediante grava de todo el patio interior al bastión, que incluso recubría los primeros escalones de acceso a él y la inmediata superposición de un nivel indígena con abundante material en bronce (fibulas, peineta) y cerámicas a mano (más de 1200 fragmentos), sin ningún objeto romano. Quedaba claro, por tanto, la existencia de un castro prerromano, responsable de las fortificaciones conocidas.

Esta zona sólo se vio perturbada lateralmente por el refugio antiaéreo de la guerra, que partió el bastión en dos, por lo que recuperamos su otra mitad más al oeste, la cual dejamos lista para su restauración. Trabajos similares se ejecutaron en torno al paramento interno de la muralla, aligerado de piedra, poniendo al descubierto el nivel indígena, que se reservó para otras campañas. Finalmente se procedió a la restauración de parte de esa área.

1989:

Zona campá: Se abren tres nuevas áreas de trabajo: La n.º 11 es una cuadrícula de 5 por 4 m. que coincide con dos muros de una casa y hogar interior. La n.º 12, de iguales dimensiones, coincide también con el ángulo de una habitación en la que se aprecia un nivel de incendio cubierto por el derrumbe del tejado a base de tegulae de un alfarero llamado Licinio y la n.º 13, en el extremo oriental, corresponde al pozo n.º 2, con tres estrechos peldaños de acceso.

Zona defensiva: En paralelo con el sector VI se delimitó una cata de 10 por 6 m. dentro del patio intramuros, en el que, desgraciadamente, se había levantado un barracón militar que perturbó el nivel prerromano, dejando al descubierto la capa de incendio previa al castro (Sector VII). También se efectuó un sondeo al oeste del anterior (sector XI) con el fin de intentar recuperar la posible continuidad de la muralla, localizándose un paramento, así como abundantes restos de fundición de bronce.

La limpieza del exterior de la muralla, hasta morir en el corte de la cantera, permitió descubrir un nuevo bastión modular en el extremo oriental.

Muy interesante también fue la excavación del contrafoso a lo largo de unos 40 m., que demuestra una estructura compleja con un terraplén ceñido interiormente por un paramento de módulos y escalera de acceso a la parte alta mediante catorce peldaños.

1990:

Zona campá: Se amplía el sector 11 hasta completar una cuadrícula de 10 por 10 m. en la que se excavó una casita uninhabitacional con gran hogar central y porche.

El sector 12, en cambio presenta unas estructuras complejas, pues hasta el momento contamos con un recinto rectangular, en el que se inscribe una habitación semejante a la del 11, rectangular y con porche. Esta vivienda ofrece interesantes hallazgos por haber sido incendiada.

El sector 13 sólo posee una breve capa superficial y un nuevo pozo con acceso estrecho (pozo 2), en el que abunda el material romano, pero también el indígena y restos de fundición.

En el momento de la redacción de este informe prosiguen aún los trabajos de 1990 con la apertura de nuevas áreas, las 14-23, en las que ya se ha determinado otro pozo (Pozo 3 en el sector 18) y una casa circular (sector 16), cuya limpieza facilitará la campaña del próximo verano.

Zona defensiva: En la muralla, el trabajo se centró en dos puntos. En primer lugar la apertura del sector XVII, intramuros del módulo 2, donde se pudiese realizar un corte estratigráfico de 6 por 4 m., en el que se documentó el nivel indígena con un hogar decorado. En segundo lugar, tras la zona más occidental del bastión, una cata de 4 por 5 m. (sector XVI), que enlazaba con trabajos del año pasado y que sirvió para integrar esta área en el resto del conjunto defensivo. Coincidió con la esquina de un muro que, posiblemente tras el hueco del patio, constituya la continuación del lienzo principal de la muralla.

3. LA ESTRATIGRAFIA

3.A. Los niveles prerromanos

Siendo particularmente significativos algunos materiales indígenas encontrados bajo las casas romanas o incluidos en los suelos de las mismas, y contando igualmente con los hornos de fundición como punto de referencia, no fue hasta el descubrimiento de la estratigrafía de la muralla, cuando pudimos certificar con plena seguridad la existencia de una ocupación regular prerromana. El hecho fue aún más claro, si consideramos que, precisamente en el sector de las defensas, en realidad se carece de elementos romanos estratificados, puesto que las escasas piezas localizadas, lo son siempre en zonas con perturbaciones posteriores, que han alterado los depósitos originarios.

La más importante consecuencia de estas observaciones es determinar que la fecha de elevación de la muralla de módulos y el complejo defensivo a ella asociado es de factura prerromana, puesto que la construcción fue seguida de un terraplenamiento de la mitad inferior de su cara interna, con gravas y piedras, sobre el que se asienta el nivel arqueológico indígena.

El siguiente punto de interés, sería determinar el carácter de esa ocupación a pie de muralla, en la que no han podido individualizarse viviendas. Por esta causa, pensábamos encontrarnos ante restos de una capa relacionada con la utilización defensiva del muro y el cobijo de los defensores, pero la realidad ha vuelto la zona cada vez más compleja ya que, no existiendo plantas de viviendas determinables, si que hemos podido estudiar abundantes restos de fauna con síntomas de utilización alimenticia, testimonios de trabajos de fundición (crisoles, tierras quemadas).

das, etc.), abundante cerámica a mano, fibulas y objetos de adorno personal e incluso una estructura en arcilla cocida, aparentemente un hogar, con la superficie decorada mediante rayas incisas.

Esperamos que la fijación cronológica de todo este sector pueda ser precisada en fechas próximas, puesto que hemos enviado dos muestras de madera, pertenecientes al incendio anterior a la fundación de la muralla, al Isotope Physics Laboratory de Groningen, que pueden permitirnos conocer la fecha *ante quem* para la construcción de tal fortificación.

De todos modos, el propio material arqueológico empieza ya a ser suficientemente clarificador.

El recientísimo descubrimiento de una fibula de doble resorte en la base occidental de la cara interna de la muralla (fig. 4, n.º 1) es un elemento de primera mano al respecto. Nos encontramos ante una fibula de tipo sencillo, construida por torsión de un alambre, cuyos extremos se arrollan en doble muelle para concluir respectivamente en una aguja y una mortaja, que en este caso no se ha conservado por rotura antigua. Su proceso técnico, muy elemental, es corriente en piezas semejantes a la nuestra en los dos niveles arqueológicos del castro de Sanchorreja en Avila (Maluquer, 1958, 64-65) y su origen tiende a verse en Andalucía, puesto que los ejemplares más antiguos se conocen en el Cerro Macareno en los inicios del siglo VII a C. (Pellicer, 1982, 223) y sus pervivencias están garantizadas hasta el siglo V a. C.

Igualmente significativas son las cerámicas, gran parte de ellas características por sus superficies bien bruñidas y de tonos oscuros, en la tradición más avanzada de los Campos de Urnas en su versión del Ebro Medio (Cortes de Navarra), de la Cultura Castreña Soriana y de los castros zamoranos (fig. 5). Precisamente la tipología cerámica de estos últimos (Esparza, 1986, pp. 299-308) y en especial las formas 2, 3 y 8, cuya filiación se encaja entre los elementos representativos de El Soto II y cuya cronología se sitúa entre los siglos VI-III a.C., cuenta con buenos paralelos en nuestro castro.

Siendo éstos los materiales más representativos del momento inicial del poblado, no se nos escapa el hecho de que buena parte de los que les acompañan aparecen en fechas semejantes, pero alcanzan pervivencias hasta época inmediatamente prerromana e incluso, en otros yacimientos, durante la romanización. No es éste el caso de la Campa Torres, donde los enganches de tahalí (fig. 4, n.º 2 a 4) y laciformes, las fibulas de pie alto, de torrecilla y simétricas (Maya, 1989, fig. 8) y las cerámicas decoradas con líneas bruñidas y con estampillados o con superficies pintadas y provistas de protuberancias imitando

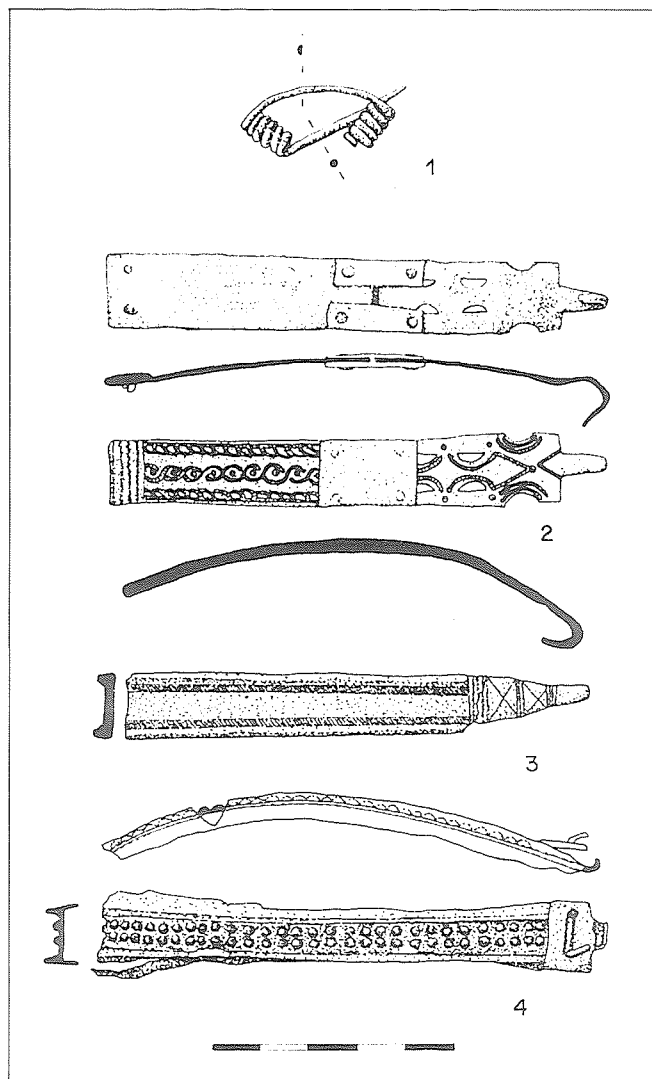


Fig. 4.—1. Fibula de doble resorte, 2-4 Enganches de tahalí

clavos, se sitúan siempre en un contexto puramente indígena.

Problema más complejo será discernir si esta amalgama de materiales, atribuidos en parte a tradiciones del NO peninsular, del Soto II, de Miraveche —Monte Bernorio e incluso de la tradición metalúrgica celtibérica, constituyen la fusión de diversas corrientes culturales a partir de zonas de influencia próximas o llegan a nosotros ya parcialmente entremezcladas.

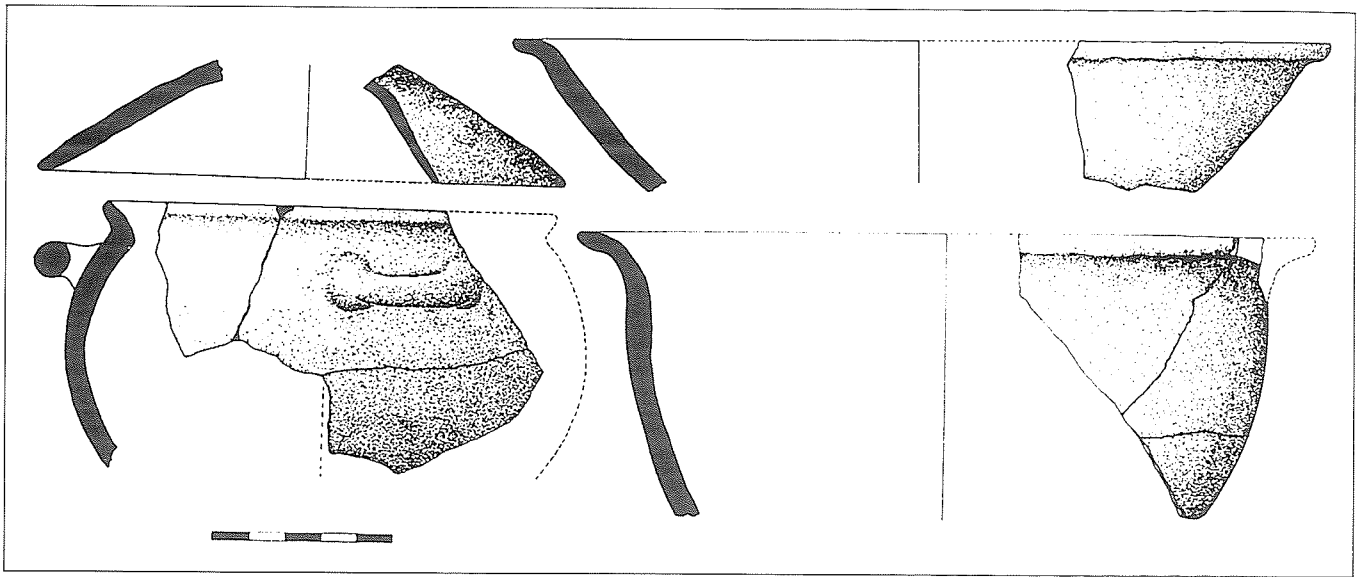


Fig. 5.—Cerámicas a mano bruñidas de tradición Soto Medinilla II

También deberá dilucidarse la posibilidad de definir segmentos menores, dentro de estos amplios límites entre los siglos VI-I a.C., que si en la Asturias cismontana pueden establecerse gracias a la influencia celtibérica, aquí no son fáciles de determinar, puesto que las características cerámicas a torno y pintadas parecen estar ausentes de nuestro territorio.

Otra cuestión importante es la correlación de los niveles prerromanos de la muralla con el asentamiento en el interior de la Campa. No es una cuestión nimia, puesto que no se entiende un complejo sistema defensivo como el localizado sin un asentamiento interior al que proteger y que, sin embargo, está mal definido, lo que hay que atribuir, sin ninguna duda, al replanteamiento urbanístico romano, que arrasó los estratos anteriores, alcanzando la arcilla de base y permitiendo sólo la supervivencia de aquellas estructuras excavadas en el suelo o de aquellos sectores, en los que los niveles indígenas, ceñidos por construcciones en piedra, sirvieron de base al pavimento de las casas romanas.

En realidad, hasta 1985 no empezamos a identificar el nivel prerromano de la muralla, descubierta en la campaña anterior y excavada sólo por su cara externa, por lo que el material cerámico a mano del interior de la campá podía ser atribuido a pervivencias indígenas durante la romanización, habida cuenta que ésta es la interpretación que suele suponerse en otros castros del occidente astu-

riano. Sin embargo, algunos hechos objetivos pugnaban contra esta adjudicación, como por ejemplo la existencia al menos de cinco hornillos de fundición con material exclusivamente indígena o la aparición (eso sí, siempre dentro del nivel romano), de fragmentos cerámicos de barniz negro o incluso de un borde de ánfora greco-italica, que nos situaban en los siglos II-I a.C. fig. 6, n.º 1. Esta ánfora salió precisamente en el sector n.º 7, casa cuadrada en cuya base se encontraron diversas cerámicas bruñidas, semejantes a las de la muralla, y un tubito de oro (Maya, 1988 fig. 80.H).

Todos estos materiales, son precisamente los que nos garantizan la supervivencia del castro hasta las puertas de la romanización, dentro de un asentamiento en el que la metalurgia del bronce constituyó la labor más destacada y que debe aprovechar su privilegiada situación para ejercer el comercio por vía marítima.

3.B. Los niveles romanos

Paradójicamente, sólo están bien definidos en el interior de la campá, pues en las murallas su aparición es ínfima y, siempre, en contextos removidos o perturbados, principalmente por acciones relacionadas con el moderno campamento militar. También es de destacar, que precisamente en estos sectores alterados es donde aparecen algunos materiales romanos de gran antigüedad, como la Te-

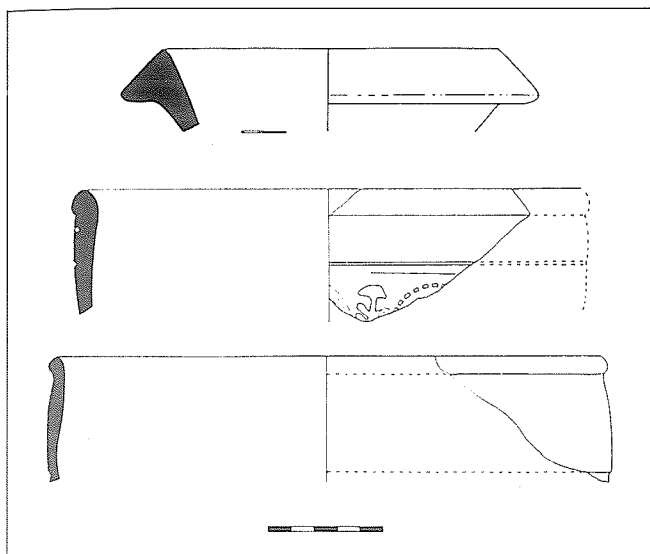


Fig. 6.—Anfora greco-italica y Terra Sigillata Hispánica, forma Drag. 37 tardía

rra sigillata itálica, correspondiente a fechas en torno al cambio de era y primeras décadas de la actual.

Desde el punto de vista constructivo, gran parte de las viviendas corresponden a una tradición ajena al país, con alzado en piedra, trazados angulares y planta compleja que incluye varias habitaciones adosadas, al mismo o distinto nivel y a veces con un porche a modo de entrada (sectores 1 y 12). A su lado existen aquellas en las que una habitación envuelve a otras (sector 7) o las de un solo espacio, con hogar central y porche (sector 11).

En cambio hemos localizado también dos estructuras circulares (sectores 9 y 16), de amplio basamento en piedra, que no parece tener continuidad en altura, pues no salen hiladas o muros derrumbados en sus proximidades, pero con pavimento de arcilla y cantos rodados así como restos de hogares y molinos, que sugieren estar ante viviendas indígenas o fruto de una tradición indígena. Al conservarse únicamente el nivel del suelo, el material arqueológico no permite determinar una datación segura.

Otro elemento de gran interés son los trabajos hidráulicos destinados a la captación de aguas subterráneas, para aprovisionamiento del oppidum. Hasta la fecha, son ya tres los pozos conocidos, de los que el más espectacular sigue siendo el del sector 5 descubierto en 1983, con su caja de escalera de 14 escalones, forrada en piedra y conducente al brocal semicircular.

Un segundo pozo, en una zona más baja, no precisa más que una tosca y estrecha escalerilla de tres peldaños y el tercero, aún no excavado completamente, cuenta a la vista ya con cuatro escalones.

Técnicamente los pozos recuerdan la factura de la muralla prerromana y su construcción ofrece en estos momentos dudas de interpretación. El gran pozo n.º 1 tuvo problemas para ser excavado, puesto que su manantial brotaba de nuevo a medida que profundizábamos; sin embargo intentamos diferenciar el material de su interior por extracciones sucesivas que, no obstante, nos remitían a cerámicas de época romana. En cambio, el pozo n.º 2, además de albergar un interesante material romano, en especial algunas sigillatas de gran calidad, poseía en su parte inferior, en contacto con la pared lateral y la base rocosa, restos de un crisol de fundición con metal dentro y algunas cerámicas bruñidas de factura indígena, lo que apoyaría una fecha de construcción prerromana y una amplia utilización posterior. Esperamos que la excavación del n.º 3 pueda apoyar los datos anteriores.

Estratigráficamente la situación es compleja. Los interiores de algunas casas (sectores 1, 7 y 11) que parecen haber sucumbido abandonadas, cuentan con escaso material que sirva para fechar su construcción y las cerámicas más antiguas (barniz negro y sigillatas itálicas) aparecen en el exterior, mezcladas con materiales más modernos. La parte del sector 12 excavada en este año de 1990 demuestra haber sido destruida por un incendio, que originó el desplome del tejado, permitiéndonos encontrar un buen lote de materiales con perfiles más complejos de lo habitual, los cuales, por el momento, nos dan una cronología entre la segunda mitad del I p.C. y posiblemente el siglo III p.C., a juzgar por algunas Drag. 37 avanzadas de Terra Sigillata Hispánica (Pérez, 1989, fig. 49, n.º 98-99), anteriores a los estilos más tardíos (siglos IV-V) de esta misma forma (fig. 6, n.º 2 y 3).

En el exterior de las viviendas, la estratigrafía general varía en el extremo SO, donde el sector 5 únicamente da pruebas de dos niveles romanos distintos (a excepción de la cubeta de un horno), pero que al encontrarse en una fuerte pendiente cuentan con materiales entremezclados. En cambio, en las zonas más nordorientales, tras la capa vegetal, se aprecian dos estratos sucesivos, del que el superior es plenamente romano, mientras que el inferior a veces se encuentra contaminado por dichos materiales. No obstante, en algunos sectores el predominio de cerámica indígena es abrumador y su conexión con los hornos de fundición sugiere su pertinencia originaria al momento prerromano, aunque con posteriores alteraciones.

En resumen:

1. El nivel indígena es claro en las defensas, desde un momento muy antiguo, (esto es, siglos VI-V a.C.). También en los hornillos metalúrgicos y, en menor grado, se intuye en el subsuelo de algunas casas romanas y en ciertas zonas no edificadas, en las que puede aparecer con algún material romano posterior. Varias de las cerámicas romanas más antiguas, que preceden a la conquista, permiten garantizar la continuidad de uso del castro hasta la contienda.
2. El material propio del momento posterior a la conquista aparece mal estratificado, sin que podamos determinar si las viviendas ya estaban construidas en el momento de la erección de la lápida del año 9-10 p.C. En cambio, es segura la ocupación de estas casas desde algo después de mediados del I. p.C. hasta avanzado el siglo II p.C. en algunos casos y el III en otros.

BIBLIOGRAFIA

- ESPARZA ARROYO, A. (1986): *Los castros de la Edad del Hierro del Noroeste de Zamora*. Zamora, 1986.
- GONZÁLEZ, J.M. (1979): *Pre-romano*, en "El libro de Gijón", Gijón, 1979, pp. 21-25.
- MALUQUER DE MOTES, J. (1958): *El castro de Los Castillejos en Sanchorreja*, Avila-Salamanca, 1958.
- MAYA, J.L. (1984): *Tres campañas de excavaciones en La Campa Torres*, en "Gijón romano", Madrid, 1984, pp. 47-62.
- MAYA, J.L. (1988): *La cultura material de los castros asturianos*, en "Estudios de la Antigüedad", 4/5, 1988, pp. 317, figs. 90, láms. XX.
- MAYA, J.L. (1989): *Los castros en Asturias*, en "Biblioteca Histórica Asturiana", 21, 1989, pp. 174, figs. 20.
- MAYA, J.L. y CUESTA, F. (1990): *Excavaciones en la Campa Torres*, en "Excavaciones arqueológicas en Asturias 1983-1986", Oviedo, 1990, pp. 163-164.
- MAYA, J.L., CUESTA, F., LLOVERAS, P. y SOLER, M. (1989): *El parque arqueológico - natural de la Campa Torres, Gijón (Asturias)*, en "Seminario de Parques Arqueológicos", Ministerio de Cultura, Madrid, 1989 (en prensa).
- MAYET, F. (1983): *Les céramiques sigillées hispaniques. Contribution à l'histoire de la Péninsule Ibérique sous l'Empire Romain*, en "Publications du Centre Pierre Paris", 12, 1984.
- PELLICER, M. (1982): *La influencia orientalizante en el Bronce Final-Hierro del Nordeste hispano*, en "Habis", 13, 1982, pp. 211-237.
- PEREZ GONZALEZ, C. (1989): *Cerámica romana de Herrera de Pisuerga (Palencia-España). La Terra Sigillata*. Universidad Internacional SEK, Santiago de Chile, 1989.
- PEREZ, C.; ILLAREGUI, E. y FERNANDEZ, C. (1989): *Notas sobre cerámica romana en la antigua Cantabria (II). Marcas de alfareros sobre Terra Sigillata en Cantabria*, en Altamira, XLVIII, 1989, pp. 7-44.